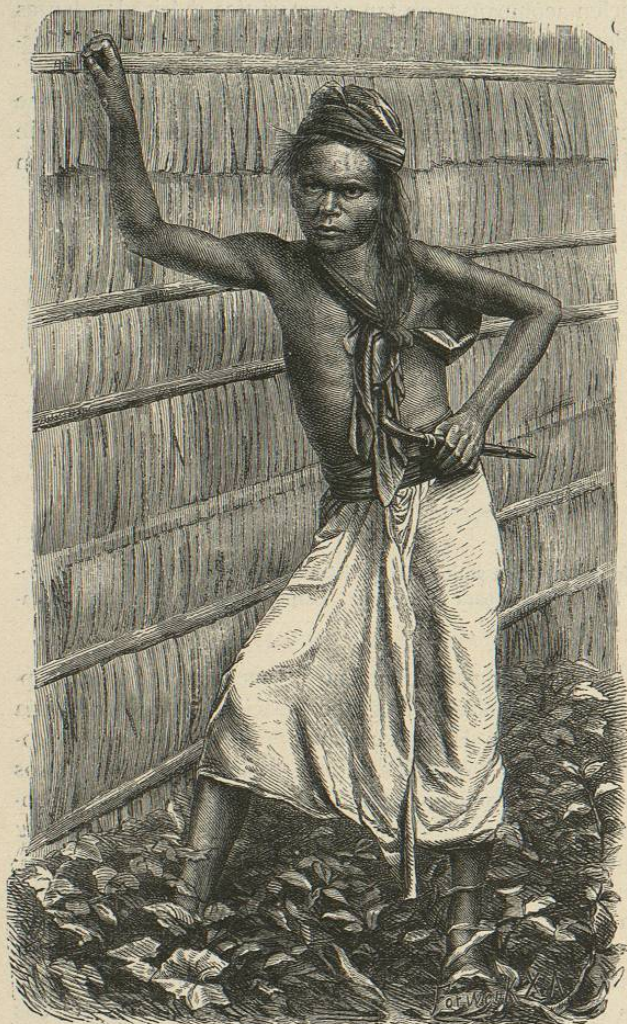


mediato. A lo largo de los caminos de Hawai se ponen piedras envueltas en musgo que se consideran como dioses locales y en Pali, en Oahu, se hacían sacrificios delante de ciertas piedras para preservarse de las caídas. Los que viajaban por el valle de Kolúa, en Oahu, para evitar que las piedras que caían les hicieran daño ofrecían á un ídolo en forma de cerdo hojas ó musgo con algunas piedras á manera de presentes propiciatorios. Se han encontrado ídolos de madera en una cueva de Hualai, Hawai, y en Waialúa, Oahu estos últimos incrustados en una pared de un vivero de pe-



Un batta de Sumatra (De una fotografía)

ces. Que las más de las veces estos ídolos son simples piedras sepulcrales es tanto más evidente cuanto que en Tonga oímos decir que en memoria de los caudillos se colocan en sus tumbas no sólo piedras, sí que también trozos de madera esculpidos; demuéstrole también el hecho de que muchas familias poseen ídolos de madera que representan caudillos muertos. Ya hemos visto (pág. 563) que en Melanesia existía igual costumbre. Consideranse asimismo como sagradas las huellas que los dioses dejaron impresas en la piedra y que en los tiempos modernos han servido de tema á las leyendas: *Ngatoroirangi* al llegar á Taupa, Nueva Zelandia, dejó marcada su pisada en una roca y á Birgham le fueron todavía enseñadas las huellas de *Kaiana*, el caudillo muerto por Kamehameha en la batalla de Oahu.

En todos los lugares en que las relaciones sociales habían alcanzado cierto grado de desarrollo, la paz de los templos era reconocida como sagrado asilo. En Hawai existían junto á las tumbas de los reyes, *Pohomias* ó asilos puestos bajo

el amparo del espíritu *Kiawi*. En esto coincidían también los templos y los sepulcros. En Tonga, las tumbas de los caudillos eran igualmente consideradas como terrenos sagrados en donde habían de reconciliarse los enemigos. El privilegio que tenían estos lugares de dispensar protección se trasmitía á los sacerdotes que estaban al cuidado de los mismos. De Nueva Zelandia sabemos que en Ranai había un asilo que atravesaba toda la isla y en el cual los sacerdotes llamados *Hiwa-Hiwa* dejaban pasar á los fugitivos por debajo de sus palos y en cambio cruzaban éstos para atajar á los perseguidores.

En las prácticas funerarias de estos pueblos preside la idea fundamental de la santificación del cadáver tabuído por medio de la aproximación del alma, por más que ésta haya abandonado el cuerpo. La tan deseada comunicación con las almas acogidas por los dioses se obtiene más fácilmente que en ninguna otra parte junto al cadáver, de aquí que en Nueva Zelandia canten los sacerdotes sobre éste para que el alma se eleve hasta el octavo cielo por lo menos y por esto un sacerdote relegó el alma de un individuo que había fallecido de muerte violenta al *Wahi tapu* en el bosque sagrado, rezando á este fin al lado de su cadáver. El sacerdote, en la creencia de que el alma no abandona espontáneamente el cuerpo sino que se la ha de excitar y aun obligar á ello, toca el cadáver con un aventador y lo menea diciendo á cada movimiento al espíritu *Ahana* (vete). En vano se apostrofaba á los muertos, por ejemplo en Huaheine, diciéndoles que penetraran en el *Po*, es decir en la noche, que se llevaran frutos del pan como manjares de los dioses y que no volvieran para estrangular á los vivos, pues á pesar de esto aquéllos volvían y se llevaban á sus más próximos parientes, siendo general creencia que la muerte repentina de éstos era debida á que el dios los había estrangulado ó devorado. Por esta razón se impiden las visitas que las almas hacen á los vivos por medio de mascaradas que llevan el nombre de *Panilatui* y que han de cortar el paso á los espíritus en el caso de que intentaran volverse atrás. Las almas que no permanecían unidas con la divinidad ni podían ser favorecidas por los sacrificios hechos junto á las tumbas vagaban de noche como espectros ó *tupapau* alrededor de las casas; las que erraban por las selvas ó por las grutas dejaban oír su voz en el murmullo de las hojas y en los ruidos de las olas al estrellarse en la playa ó se dejaban ver á la luz de la luna en forma de fantasmas blancos. Si alguno moría lejos de su casa, procurábase atraer á su alma por medio de un paño blanco tendido en el suelo, y se consideraba logrado el objeto deseado cuando acudía al reclamo una langosta ó una hormiga. La ancianidad sólo era respetada y honrada por la razón de que todos querían estar en buena amistad con el alma pronta á abandonar el cuerpo á fin de evitarse las molestas visitas de los espíritus. De la misma manera ofrecía especial interés para todo el mundo el culto de los antepasados porque cuando algún individuo estaba moribundo reuníanse alrededor de su choza los espíritus de los antepasados para acompañar al alma á la piedra del salto y luego al cocotero, cuyo contacto facilita el regreso á la tierra, y para conducirla finalmente á la puerta del infierno. Cada isla tenía puertas de estas en las cavernas, en los cabos muy salientes ó en los arrecifes.

La costumbre generalizada de enviar á la eternidad con el muerto á las mujeres y á los criados de éste, fúndase en el deseo de dar al alma del difunto un séquito de almas amigas ó sumisas; cuando se trata de una persona desvalida, obedece este uso al deseo de proporcionarle almas que le defiendan y le guíen y por esta razón cuando muere un

niño se dá muerte á su madre, abuela ó tía para que dirijan los pasos del alma del mismo. En esta costumbre puede también entrar por mucho la idea de las luchas que las almas han de sostener durante el camino del Hades. Después de transcurrido un número determinado de días, cuando se sabe que el alma del muerto se convierte en espíritu, comienzan las lamentaciones funerarias cuyo principal objeto es espantar á éste para que penetre en el camino del otro mundo que quizás no tiene ganas de pisar: estas lamentaciones degeneran muchas veces en sangrientas colisiones entre los amigos del muerto que reproducen el estrépito de las tales lamentaciones, debido esto á la creencia en la posibilidad de un regreso periódico del espíritu. En Nueva Caledonia las almas se retiran al bosque y dejan oír su voz cada cinco meses con ocasión de la fiesta de los espíritus. En Vate, cuando ocurre una muerte, se construye un gran tambor de madera con algunos signos grabados y sobre él se dan golpes mientras se ejecutan las danzas solemnes. Iguales signos é imágenes vemos grabados en los tambores conmemorativos. Los sobrevivientes se hieren con armas (véase pág. 463), se arrancan los cabellos, etc., para demostrar su tristeza, se rapan la cabeza y se cortan una falange del dedo meñique; en Sikiyana se pintan el rostro de encarnado en señal de duelo, con la semilla de la *Bixa orellana* y se ponen un gorro á modo de capucha de un tejido blanco que les llega hasta encima del sobaco.

Respecto de los sistemas de enterramientos encontramos una gran variedad. En Melanesia se procura tener cerca, el mayor tiempo posible, el cadáver y se guardan, por lo menos, algunos trozos de éste, especialmente el cráneo y aun más el maxilar inferior, sometiéndolos á una preparación que permita conservarlos. En la costa Maclay, Nueva Guinea, sólo por modo de excepción son enterrados los cadáveres, pues por regla general han de pudrirse dentro de las chozas. En cuanto muere un hombre, se coloca su cadáver en posición sentada y se le envuelve en hojas de cocotero; la viuda tiene que alimentar durante dos ó tres semanas un fuego junto á aquel cuerpo inanimado hasta que éste se ha secado casi completamente. En Jappen, los cadáveres son colocados en esteras fijadas entre las ramas de los árboles y de esta suerte colgados se les deja hasta que se han descompuesto las partes blandas, después de lo cual los esqueletos son encerrados simétricamente unos al lado de otros en las cuevas que se abren entre las peñas de la costa. Los cadáveres de los niños son simplemente metidos en una cesta y suspendidos del techo de las cabañas. El enterramiento dentro de éstas es una costumbre generalizada también en Fidschi. En todos los sepelios se verifican numerosas ceremonias. D'Albertis presenció el entierro de una mujer en la aldea de Nikura, algunas millas más arriba de la desembocadura del río de igual nombre, habiendo sido saludado por el caudillo en la cabaña de recepciones, *Marea*, emplazada en el centro del pueblo; cerca de allí estaba el cadáver alrededor del cual se agrupaba la población entera ensordeciendo el aire con sus lamentaciones. D'Albertis se captó inmediatamente las simpatías de los indígenas por haber regalado á la difunta algunas cuentas, y apenas aquéllos se hubieron repuesto del asombro que les causó ver entre ellos á un blanco, reanudaron sus tristes lamentos y se golpearon, al parecer con gran apasionamiento, la frente, el pecho y otras partes del cuerpo. Al lado del cadáver había gran provisión de plátanos, ñamó y otros víveres. Después que hubo transcurrido media hora, el cuerpo inanimado, en-

vuelto en una estera y atado con tiras de tapa blanca, fué conducido á la tumba practicada debajo de su propia choza y enterrado en ella con mucho cuidado y en medio de los ruidosos lamentos de los acompañantes. Llenada la fosa con tierra, dos indígenas permanecieron junto á ella regresando los demás al Marai sin dar ya señal alguna de tristeza.

Los arfakes después de adornar el cadáver con todos los adornos que á diario solía llevar lo colocan en el vestíbulo de la cabaña con los pies metidos en la ceniza del hogar; á su alrededor se sientan las mujeres de la familia y los que habitan en la misma choza que con sus gritos y lamentaciones arman un ruido espantoso, aunque sin derramar una sola lágrima. Entre los motus de Port Moresby el úni-



Tabanges con escritura redjange, Sumatra. (Museo Etnográfico, Munich.)  $\frac{1}{3}$  de su verdadero tamaño.

co signo de duelo son los golpes de tambor continuados por espacio de tres días; transcurrido este tiempo, cávase la fosa delante de la casa, se deposita en ella el cadáver envuelto en una estera y se construye una pequeña choza sobre la sepultura. Pasados unos días, se abre nuevamente la tumba, se exhuma el cadáver y se le frota los codos y las rodillas con arcilla encarnada, mientras la viuda se da frotaciones con la carne putrefacta, hecho lo cual el muerto es enterrado de nuevo y poco á poco se hace desaparecer la pequeña cabaña sepulcral acabando por borrarse toda huella del sepulcro. Mientras duran todas estas ceremonias, celébranse alegres orgías.

En Tonga los cadáveres de los personajes ilustres eran lavados, engalanados y ungidos estando al cuidado de ellos las mujeres. En el acto del entierro propiamente dicho, los parientes del muerto, vestidos con esteras desgarradas y ciñendo en sus frentes coronas de hojas del árbol Ifi, conducían el cadáver á la *feitoka* ó casa de duelo, en el entretanto construída, y lo enterraban en ella vestido con sus ropas y algunas veces encerrado en una caja ó en un pequeño bote junto con los más preciosos objetos de su propiedad. Hecho esto, encaminábanse todos can-

tando á la playa y preparaban cestas de hojas de cocotero llenándolas de arena blanca con la que colmaban la parte superior de la fosa, después de lo cual los hombres permanecían por espacio de veinte días en frágiles cabañas levantadas junto á la feitoka y las mujeres se encerraban en ésta por igual tiempo entregándose unos y otras á sagradas prácticas. Al vigésimo día volvían todos á la playa y ponían en cestas nuevas pequeños guijarros blancos y negros colocándolos luego en la feitoka de tal manera que la sepultura quedara cubierta únicamente con los negros. En Tahití no siempre fueron los cadáveres sepultados en la tierra, pues antiguamente se conservaba el cadáver, después de haberle sacado los intestinos y llenado el vientre con paños empapados en aceite etérico, hasta que se corrompía, siendo entonces enterrados los huesos excepción hecha del cráneo que quedaba en poder de la familia. En las Marquesas los hombres ilustres eran enterrados en el *Marai* sentados y con las rodillas levantadas, para lo cual se colocaba la cabeza entre las piernas y las manos debajo de las rodillas. Celebrábase también banquetes funerarios á los cuales eran invitados todos los personajes de alto rango por medio de emisarios engalanados de una manera especial.

Por lo demás, en punto al modo de tratar los cadáveres la idea fundamental de la conservación de los restos mortales durante el mayor tiempo posible queda algunas veces modificada por influencias locales ó por tradiciones. Por regla general existe una estrecha relación entre el valor del alma del muerto y el de su cadáver. El pueblo bajo, á lo que parece, ha tratado á menudo muy poco ceremoniosamente á sus muertos. En Hawai el plebeyo enterraba á sus muertos envueltos en telas, sentados en la posición que era uso también en Tahití y metidos en ataúdes en cavernas ó en tierra y á veces en su propia choza, colocando algunos manjares junto al cadáver. En Tonga también se enterraba á los muertos. En Nueva Zelandia todos los esclavos que fallecían de muerte natural eran enterrados ó por mejor decir metidos dentro de la tierra de cualquier manera y en algunos casos arrojados á los perros ó al mar. En cambio, en algunas comarcas debió existir la costumbre de quemarlos. En Mangaia existía la de echar los cadáveres envueltos en telas blancas en dos profundas cavernas abiertas en una colina, con la particularidad de que en una eran echados los ilustres y en la otra los plebeyos, lo cual era reflejo de la creencia de que para cada uno de ellos había una puerta distinta en el mundo subterráneo: esta distinción era rigurosamente practicada. Sin embargo, en las clases altas era regla general momificar los cadáveres y colocarlos por un tiempo determinado ora en el templo ora en la casa de los muertos; para esto se les despojaba de las entrañas sacándolas por el recto; una de las cosas que más demuestran el respeto que á los cadáveres de los ilustres se profesaba era la costumbre según la cual un pariente del muerto debía chupar durante la solemne exposición del cadáver por un agujero practicado en el cuerpo de éste una parte de las vísceras putrefactas.

En Hawai separábase con mucho cuidado la carne de los huesos del cadáver quemándose aquella y depositándose una parte de éstos en el *Heiau* de la familia para ser objeto de veneración; otra parte de los mismos era regalada á los magnates amigos. Entre los hawaianos se practicaba una especie de embalsamamiento que también existía en Nueva Zelandia en donde los sepelios ofrecían grandes semejanzas con los de Tahití. Los *Wahi Tabi* eran en Nueva Zelandia, como llevamos dicho, los cementerios para una familia; también servían allí á menudo de sepul-

turas casas en las cuales los despojos de los cadáveres eran encerrados en cajas; otras veces eran éstos sepultados en la tierra. Los cadáveres de los niños metidos en cajas eran colocados en las ramas de un árbol, y en estos casos eran indispensables los *Kahui* (palabra que significa «prohibido» y que se convierte en significación de *tabú*: Meinicke), pilas de madera pintadas de rojo y con una cara esculpida en su extremo superior que se colocaban alrededor de dichas sepulturas.

Sólo en algunas islas pequeñas y distantes sufrían variaciones estas costumbres funerarias que en lo esencial eran las mismas en toda la Polinesia. En las islas Gambier las momias tendidas, envueltas en esteras y en telas y fuertemente atadas con cuerdas, eran enterradas en las cavernas de las montañas. En Falefa, las momias de los caudillos eran conservadas en una choza puestas en una doble canoa ó bien en una cueva. En Mulgrave, cuando no se les lanzaba al mar metidos en una canoa, se colocaba á los cadáveres sobre piedras, se les cubría de hojas de coco y se les enterraba en las cuevas de familia. El sistema de poner á los cadáveres en una canoa y echarlos de esta suerte al mar, sistema que en muy contados puntos vemos practicado siendo uno de ellos las islas de Lord North, es una simple variante de la costumbre más frecuentemente seguida de poner á la disposición del alma una embarcación para que pueda hacer el viaje al otro mundo. Paulding refiere que en Mulgrave después de enterrado el cuerpo se echa al mar una canoa con el alma del difunto.

Un grupo notable de prácticas funerarias lo constituyen las manifestaciones exteriores de tristeza á que se entregan los que llevan luto ó los que toman parte en su aflicción, desempeñando en este punto un papel importantísimo las heridas y las mutilaciones. Cuando falleció en Tonga la madre del rey, todos los caudillos que de ella descendían se quemaron las sienes y con ocasión de la muerte del gran sacerdote era obligatorio cortarse una falange del dedo meñique. Las tahitianas cuando se casaban clavaban dientes de ballena en un mango de madera para herirse con ellos el día en que tuvieran que llorar la pérdida de su esposo; llegada esta ocasión, llamaban, lo propio que los amigos, al alma del difunto para que presenciara su abnegación. Dábase en Tahití el nombre de *Tiputa Taata* á una vestidura confeccionada con la camisa del difunto que se ponía uno de los deudos, mientras que los demás llevaban los vestidos destrozados y llenos de polvo. Para las lamentaciones funerarias había llorones especiales y en Tahití los amigos ó llorones de la vecindad que acudían á los funerales sostenían un simulacro de lucha con las gentes de la casa para conseguir que se les dejara tomar parte en los lamentos funerarios, cosa que al principio les era negada. También en Mangaia se trababan combates con ocasión de los entierros: en esta comarca todos los *akoas* ó amigos del difunto se reunían y recorrían la isla vestidos con los más extravagantes disfraces para combatir á los espíritus de los demás distritos.

En las Palaos, los parientes más próximos del difunto pasaban la primera noche junto al cadáver comunicando después la triste nueva á todos los deudos, los cuales acudían inmediatamente y asistían á menudo por espacio de veinte días á los funerales ocupados en grandes banquetes. Cuando se nos habla de costumbres que se separan de la regla general, como por ejemplo la de Ruk en donde los parientes se retiran á la montaña para llorar separados del resto de las gentes, casi puede tenerse por seguro que se refieren únicamente á la tristeza que los deudos más allegados manifiestan con ocasión de la fiesta funeraria. En

las islas Gilbert, el dolor de la viuda dura mientras ésta vive; en efecto la viuda duerme con el cadáver de su esposo y bajo la misma estera de éste y se unta con el líquido putrefacto que el cuerpo despide hasta que la cabeza se desprende del tronco: entonces coge el cráneo, cual si fuera el de un hijo querido, y ya no se separa de él llevándolo consigo á todas partes. Este culto del cráneo lo encontramos también en otros puntos de Micronesia. En las islas de Kingmill guárdanse asimismo con mucho cuidado los cráneos.

En los sistemas de enterramientos de los micronesios existen grandes diferencias, algunas de ellas derivadas de la distinción de clases que se respeta estrictamente hasta en la muerte. En Radak, los cadáveres son arrojados al mar, excepción hecha de los de los caudillos que son enterrados sentados y atados con cuerdas, en fosas rodeadas de muros de piedra. En Yap nunca se entierra á los cadáveres cerca del mar y en cuanto á los de los que habitan en las montañas han de recibir forzosamente sepultura en las cimas de éstas. Los hombres son enterrados sentados y con las rodillas en alto y los niños y los jóvenes echados al mar, sistema que en muy contados puntos vemos practicado siendo uno de ellos las islas de Lord North, es una simple variante de la costumbre más frecuentemente seguida de poner á la disposición del alma una embarcación para que pueda hacer el viaje al otro mundo. Paulding refiere que en Mulgrave después de enterrado el cuerpo se echa al mar una canoa con el alma del difunto.

En aquellos puntos en que es costumbre enterrar á los cadáveres generalmente se separa el cráneo del cuerpo. A. B. Meyer encontró en la bahía de Geelvink, enfrente de Mysore, casi toda la playa ocupada por sepulturas. Cuando el cadáver ha entrado en descomposición, el cráneo es colocado sobre la tumba «circunstancia á la cual debí — añade Meyer — el poder adquirir allí y en otros puntos en donde más tarde me detuve gran cantidad de cráneos humanos, pues los papúas, cuando han acabado el repuesto de cabezas que guardan, no tienen reparo alguno en robar de los sepulcros las de sus compatriotas. En un principio no querían en manera alguna entregar los maxilares inferiores que en cierto modo consideraban como sagrados hasta que á fuerza de grandes ofrecimientos conseguí vencer aquella preocupación.» También el reverendo Brown logró en las islas Sandwich adquirir un cráneo á cambio de una sarta de cuentas. De todo esto se desprende que la veneración de los restos humanos no reviste el carácter de absoluta. Los papúas de Meyer, sin embargo, evitaban siempre coger los cráneos con las manos. En Nueva Guinea hay sistemas de enterramientos practicados con mucho mayor cuidado, pues M'Farlane escribe desde la comarca de las islas Roux cuán alegremente sorprendido había quedado al ver la atención y el respeto con que aquellos indígenas trataban á sus muertos. «Muy cerca de la aldea observamos un sepulcro rodeado por un muro de piedra de escasa altura y cuidadosamente despojado de malas hierbas: en el extremo correspondiente á la cabeza alzábanse dos manzanos papúas y en el opuesto crecían algunos crotonos.» Raffray describe en los siguientes términos un sepulcro de Mafor: «Debajo de un pequeño cobertizo de hojas de cocotero yacía una caja de madera de un metro de largo colocada sobre un pie en la cual estaban encerrados los huesos: delante de ella y sobre una mesa había una escudilla rota con provisiones ó presentes para los muertos.»

Las mismas grandes diferencias que en los sistemas de sepelios encontramos en Nueva Guinea, reaparecen en los

límites más estrechos de otros archipiélagos: en el de las Salomón hay algunas islas en donde se suele arrojar á los cadáveres al mar para que vayan nadando al hermoso país de Occidente; igual costumbre vemos establecida en Anaitem con la sola diferencia de que en ésta se establece una excepción en favor del cadáver del caudillo al cual se concede sepultura en tierra. Antes de ser echados al mar se pinta el rostro de los cadáveres de los hombres y en cuanto á las mujeres se les adorna con un cinturón. En otras islas, los cadáveres envueltos en esteras son conducidos á los bosques de mangles en donde se les deja expuestos á la acción del aire hasta que la cabeza se separa del tronco: entonces se somete aquélla á cierta preparación y se entierra el resto en el cementerio común. En San Cristóbal y en otros puntos los cadáveres son colocados en un alto andamiaje debajo del cual se cava una fosa para recibir la carne que los deudos van raspando; el cráneo y los huesos de los dedos son guardados siendo el primero objeto de cierta preparación; el resto del esqueleto es enterrado en la fosa común que luego se cubre con tierra y sobre la cual se construye una cabaña en forma de armatoste piramidal cubierto de hojas. Sobre las tumbas de los niños se esparcen flores.

Así como en Tanna el cadáver es encerrado en un ataúd hecho con una canoa, en Nueva Caledonia se forman grandes montones de tierra que sirven de sepultura á los caudillos, clavándose en ellos remos ó lanzas. En Vate se recortan de una manera especial los árboles que crecen cerca de los sepulcros. En Nueva Caledonia se adorna á los cadáveres antes de enterrarlos, guardándose como reliquias el cráneo entero, ó el maxilar inferior ó por lo menos los dientes. También se conservan como tales en Nueva Irlanda y en las islas del Duque de York el cráneo y el maxilar inferior y en Vate cuelgan de los techos de las casas verdaderas colecciones de manos y de cráneos que esperan igual aplicación.

En toda la región melanesia está muy extendida la costumbre de enterrar en vida: practícase ésta en gran escala como una forma de infanticidio, pero los ancianos y los enfermos piden espontáneamente ser sometidos á ella. Cuando se entierra en vida á un recién nacido enciéndese junto á la tumba un fuego para ahogar el alma; cuando los que han de ser enterrados vivos son ancianos, se les ata en Vate en un brazo algunos cerdos que luego son devorados en una fiesta y que acompañan al alma al otro mundo. En las islas Fidschi además de los entierros en vida practícase la estrangulación siendo considerada la cuerda como un gran beneficio en comparación de la maza de la que se hace también uso. «Cuando muere un caudillo — escribe Eckardt hablando de las islas Salomón — se mata, es decir se estrangula á sus mujeres, pues sería para ellas y para la memoria del difunto un gran oprobio que se casaran después con hombres de clase inferior. Esta estrangulación se verifica las más de las veces durante el sueño. A menudo sucumben también de este modo las mujeres ó los más próximos parientes del plebeyo. El hombre ha de estar rodeado tanto en vida como después de muerto, por las personas que le aman. La mayor parte de estas infelices mujeres consideran como un deber el seguir inmediatamente al difunto; para ello se embriagan con el zumo de ciertas plantas y se ahorcan luego cerca del sitio en donde yace su esposo.» En Anaitem las mujeres llevan, al parecer antes de casarse, colgada del cuello la cuerda con que han de ser ahorcadas si mueren antes que ellas sus maridos.